

Las ideologías antagónicas de Homais y Bournisien en *Madame Bovary* de Gustave Flaubert

Milagros Rojo Guifazú

La ideología de Monsieur Homais. La representación del “cientificismo volteriano”

Homais era el predilecto lector que disfruta y cree poderosamente en la escritura de Voltaire y Rousseau, quizás por su científicismo o tal vez porque él también es uno de los grandes rivales de la iglesia en la novela de Flaubert. Es, sin lugar a dudas, la representación – parodiada, ironizada, ridiculizada- del científicismo volteriano.

Más allá de sus burdos placeres literarios, fue un asiduo lector de dos escritores ejes tanto para el concepto de progreso como de las nuevas propuestas científicas: Voltaire y Rousseau, quienes asimismo fueron grandes y eternos rivales.

Al margen de esta posición ocupada por el personaje del farmacéutico, nos merece un comentario esencial su fuerte oposición a la Iglesia.

Homais será representante del científicismo volteriano y laico (propio del padre de Gustave Flaubert) y un enemigo acérrimo de la ideología católica y –por esta misma razón- de su representante central en esta historia: el sacerdote Bournisien. Se definirá anticristiano y será denominado hereje, porque cuestiona y se enfrenta a cada una de las propuestas de esta institución; le parece que son superficiales e inconsistentes para ser practicadas por un hombre que se supone es un ser racional.

Cuando Emma Bovary y su esposo se mudan a Yonville L'Abbaye, buscando nuevos aires, un ascenso social y ansiosa ella de hallar esa vida renovada con ribetes literarios y novelescos; se encuentran con un pueblo que hará las veces de recinto del saber falso y de una evidente vulgar y apócrifa distinción social; y este espacio ya tendrá un ocupante central: Homais, ejemplo perfecto de la insuficiencia del conocimiento y la capacidad de un ser humano de expresar ideas y no tener absoluta comprensión del lenguaje y los pensamientos expresados – pero que suenan bien, ciertamente inteligentes -.

Será este hombre quien se encuentre deseoso por marcar las diferencias, en principio con respecto a la ignorancia de los campesinos, pero finalmente lo que hará – o destacará – es determinar que en esta novela la vida cultural carece de espacio.

Destacaremos, a continuación, algunos puntos característicos de este personaje masculino:

● Homais y la cultura

“[...] *el discurso de Homais es una mezcla de pseudo ciencia y jerga periodística* [...]”¹

Lo que fundamentalmente define a este personaje es su condición cultural, ideológica y lingüística. Parafrasea muchos pensamientos que fue extrayendo de sus continuas lecturas, pero eso no impide que se trate de una suerte de irónica vulgarización del científicismo serio y de la jerga utilizada consciente y certeramente por el medio periodístico, al que desea imitar buscando alguna clase de reconocimiento - directo o indirecto - del medio social.

Muchas veces un personaje puede destacarse por sus cualidades o por ciertos defectos. En el caso del farmacéutico, una de los rasgos más sobresalientes puede evidenciarse en esa suerte de catastrófico deseo de aparentar aquello que ciertamente no es.

Ninguna de las expresiones de Homais está siendo usada gratuitamente, él cree –y lo hace fervientemente– en que su lenguaje lo diferenciará de los demás. Pero, como popularmente suele decirse, sus palabras son el reflejo de su cultura, y las de este hombre lo describen con una perfección admirable: no sólo es un ser mediocre, sino que además el parafraseo de expresiones, que quizás ni él mismo comprenda, lo transforman en un fiel representante de esta ideología que Flaubert magistralmente desea destruir (o por lo menos criticar).

“Homais presenta varios puntos débiles: 1. Su ciencia procede de los folletos; su cultura general, de los periódicos; sus gustos literarios son pésimos, sobre todo por la mezcla de autores que cita. [...]”¹

Esta primera cualidad destacada en monsieur Homais, es uno de los aspectos esenciales de su función dentro de la novela, y que nos parece interesante no perder de vista – quizás – como eje regulador de sus otras actitudes. Incluso, en una parte de esta historia (cuando ofrece su biblioteca a Emma Bovary), cree ser un hacedor y administrador de la vida cultural y artística de esta población.

Quiere dejar claro su alto nivel intelectual, sus contactos culturales, su posición como crítico dentro de ámbitos reconocidos, pero cada una de las intenciones por él expresadas, acrecientan su mediocridad, su vulgaridad y esa “necedad” fervientemente acentuada por Flaubert en algunas de las figuras representativas de la novela.

Quizás el deseo del autor es manifestar el origen o las fuentes del saber de este hombre, y lo hace destruyendo su pseudo sapiencia, porque surge de los folletos, y por ende es: insostenible, poco académica, escasamente fidedigna y ciertamente poco especializada.

● Homais y la ciencia

Homais se puede definir, por ciertas cualidades que lo determinan, como un personaje despiadado, cruel, vengativo, interesado, traidor, inescrupuloso; no teme sacrificar o utilizar a los demás para obtener beneficios personales. Esta situación puede evidenciarse en varios momentos de la novela:

Uno de ellos hace referencia a la operación de Hipólito, cuando intenta convencer a Charles de la grandiosa idea que se le ha ocurrido y de los logros que podrían llegar a obtener a partir de ese momento. En este caso, lo que más anhela no se relaciona –ni remotamente– con el deseo de colaborar con el prestigio de Charles Bovary y mucho menos para mejorar la calidad de vida de Hipólito, sino –por el contrario– que desea utilizarlos para poder decir, después del resultado positivo de la intervención, que todo fue su idea.

Busca el reconocimiento y no importa quien tuviese que sacrificarse para colaborar con sus propósitos. Su egoísmo es tal que no evalúa las consecuencias de un resultado negativo y como estos dos hombres pudieran llegar a ver afectadas sus vidas.

Durante el proceso de divulgación y esfuerzo por convencer a Charles Bovary y a su paciente, Homais desarticula todas aquellas actitudes detestables (anteriormente mencionadas). Sin desparpajos, manipula a estos dos seres y los termina utilizando para lograr un objetivo personal sumamente calculado. Claro que Charles Bovary –ingenuo, débil y fácilmente

persuasible- accedió a los deseos del boticario y comenzó a estudiar; en cambio, quien resultó un reto para este “cientificista” fue el paciente, que se resistió un poco a esta intervención; hasta que –finalmente- aceptó.

Obstinación, egoísmo, pareciera que la ideología de este hombre le impide ver más allá de sus propios deseos. Es ciertamente insensible, no evalúa la situación desde la posición de algunos de estos dos seres que se veían involucrados en los resultados de esta empresa, organizada, digitada para satisfacer su ansiedad de reconocimiento social. Su obsesión por los preparativos llegó a rozar dos flancos opuestos: ¿Hacía todo sólo para deslumbrar a las multitudes o simplemente para satisfacer sus propias ilusiones?

Asimismo, utiliza estrategias de manipulación específicas que intentan convencer a Hipólito para que obtenga y goce de los beneficios de la ciencia, como la posibilidad de conquistar mujeres que ya no verán su disminución física, entre otros argumentos.

Esta misma sensación arrebatada se vio reflejada en su deseo de propagar su personal entusiasmo por intermedio de una reseña escrita para *Le Fanal de Rouen*.

Es claro que en este escrito se puedan destacar algunas palabras sumamente subjetivas y connotativas de parte de Homais. En principio, habla de los “prejuicios que cubren todavía una parte de la faz de Europa”, haciendo referencia a los condicionamientos que circunscribían lo ideológico y establecen una enorme brecha que distingue una de otra (la antigua y la nueva ortodoxia). Obviamente que esto puede ampliarse cuando surge la segunda expresión que deja de manifiesto el “fanatismo de otro tiempo”, haciendo alusión al catolicismo. El tercer elemento a considerar en estas palabras escritas por el boticario se refiere a la pseudo distinción de monsieur Bovary, que es una clara ironía para un paramédico poco instruido y con escaso reconocimiento por su desempeño profesional.

La redacción de este artículo científico, intenta demostrar un aspecto intelectual de este hombre que intuye que por conocer algo de ciencia, haber leído algunos textos, y estar suscripto a ciertos artículos se transforma en un especialista y crítico de los avances recientes de esta propuesta científicista que se está imponiendo en la sociedad desde el racionalismo de Descartes y –posteriormente- de Voltaire.

De igual manera que mostró un entusiasmo desmesurado al inicio de los preparativos de la operación, cuando esta situación no deja secuelas positivas, se desvincula de la organización dejando en claro que él no tenía nada que ver con esta ocurrencia.

● Homais y la sociedad

En este período de la historia la sociedad está representada por la burguesía (y sería innecesario tener que recordar ese particular desprecio que manifestaba Gustave Flaubert por esta clase social). Homais está reflejando a este sector vulgarizándolo con mayor intensidad, de la misma manera que parodiando sus actitudes y costumbres.

Una de las cualidades que mencionamos de este personaje era su destacada soberbia – representada hasta el hartazgo-. Muchas veces ésta trae aparejada otras que –efectivamente- se observan en este hombre, como ser: el egoísmo y una vida sustentada por las apariencias – como fuimos mencionando y desarrollando con anterioridad -.

Con respecto a su soberbia podemos destacar su aseveración o suposición de que Yonville L'Abbaye tuvo dos momentos en su historia: el primero que se ubica antes de su llegada y el segundo que comienza con su mudanza a esta población. Esta última etapa está

vinculada con las ideas de renovación, progreso, ciencia y transformación traídas por este personaje.

Y, mientras bajaba las calles con él, se puso a hablar de su mujer, de sus hijos, del porvenir de éstos y de su farmacia, recalcando la decadencia en que la encontró y el grado de perfección en que él la había puesto. ¹

Obviamente que está convencido de que la enorme revolución ideológica que se viene gestando e impulsando desde hace tiempo atrás llega a Yonville L'Abbaye de su mano, es él el hacedor de cambios para esta población que pareciera haber estado en un estado de reposo absoluto y continuo hasta que se inició el camino del progreso y ascenso con respecto a las demás ciudades.

Algunos críticos, entre ellos podemos mencionar a Vladimir Nabokov, sostienen que la concepción de la burguesía para Gustave Flaubert estaba relacionada con una visión filisteísta del hombre, caracterizado por una suerte de combinación nefasta de ostentación, pompa, superficialidad y farsa; pero que también se puede definir como un pilar esencial de la sociedad.

No es gratuita la cuestión de que tanto Homais como el resto de la población burguesa posea una evidente cerrazón de espíritu con respecto a las artes, a las prominentes novedades, entre otras expresiones artísticas o del pensamiento.

Quizás por esto mismo nos preguntamos ¿Qué hubiera sido de esa sociedad, de esta historia de la ficción sin la existencia de este personaje grandiosamente logrado?

Es un asno pomposo, un farsante fatuo, un magnífico filisteo, un pilar de la sociedad, como lo son tantos filisteos. ¹

En el capítulo de la novela en que se presenta la muerte de Emma Bovary, pareciera que es quien controla la situación por completo y que cada integrante de esa ciudad depende pura y exclusivamente de este hombre.

Homais es como un regulador del pueblo, el administrador cultural y el vocero popular de los eventos que en este espacio se suceden. Asume con tal ímpetu esta posición, que él comienza a creer cada una de las mentiras que inventa o cada uno de los argumentos que usa para convencer a los demás.

● Homais y su propuesta ideológica

Las ideas y el pensamiento de este personaje, reflejan una de las cuestiones que mayor desagrado generaba en Gustave Flaubert: la burguesía, el cientificismo volteriano y el concepto de progreso.

Nuestro escritor es quizás el escéptico más representativo del siglo XIX, descreía de casi todo, por esta razón no creemos sea una excepción que manifieste esta actitud frente a los pilares del pensamiento de esta época.

Dos ideologías se cruzan: una vieja frente a una nueva forma de ver y encarar la existencia. Es una renovación esencial, pero que no supone la anulación de una para la supervivencia de la otra; aunque Homais y Bournisien parecieran desvivirse por tratar de persuadir a los demás de lo contrario. Es una lucha social que se viene gestando desde hace

muchos años y que no sólo supone la amplitud mental y la aceptación de nuevas ideas, sino también una transición crucial, un traspaso importante para los hombres de este siglo.

Es un hecho que Homais representa a la nueva ortodoxia, tratará –por todos los medios posibles- de invocar a este pensamiento como el argumento supremo, no sólo apuntando a la defensa de su tesis claramente definida, sino como refutación a otras que intentan desacreditarla.

Será un fuerte opositor de la iglesia, y lo dará a conocer –frecuentemente- en esta historia.

Repudia el catolicismo que supone un fanatismo injustificable en el hombre, que le promete la salvación eterna sin ninguna clase de explicación o demostración lógica, racional o científica. Cada precepto pareciera estar fundado sobre el sin sentido o el absurdo.

Homais era un hombre de ciencia, por lo tanto un espíritu capaz de justificarlo todo por medio de la razón y de la lógica; no es absurdo entender que la fe en ciertos estamentos católicos le parezcan efectivamente superfluos e indemostrables (insostenibles para una mente racional); no por ello estamos hablando de un hombre que carece de creencias, sino que éstas encaran aspectos disímiles que generan este enfrentamiento ideológico.

Era sumamente crítico de las cuestiones tanto culturales como sociales de su época y del espacio geográfico que ocupaba. En la iglesia desdeña esa suerte de obsesión cristiana por condenar toda alternativa que no posea similitudes o se ajuste a los cánones de la propuesta moralizante y rigurosa de esta institución. Lo que de alguna manera denomina como fanatismo inquisidor hace referencia a anteriores momentos históricos en los que se destruyeron materiales bibliográficos valiosos y en los que eran frecuentes las persecuciones de hombres no tan cristianos o herejes.

Pese a ser un fuerte crítico, es conocedor de su enemigo y descreo de estas cuestiones. Intuye que la ignorancia de los pueblos - poco sabios - es la única capaz de tolerar y albergar tales creencias.

Una de las cuestiones centrales de quienes se enfrentan al catolicismo se ubica no sólo la crítica a la institución y sus sacramentos en general, sino también –y fundamentalmente – a sus representantes.

Homais descreo de hombres que puedan ser representantes terrenales de un Dios que no existe, seres que poseen deseos y ambiciones propiamente humanas y que se supone que el creador maneja –hablamos de sus instintos y anhelos personales-. Esta concepción le parece absurda y claramente refutable,

¿Quién pudiera decir que las reflexiones de Homais son ingenuas? Son tan sarcásticas sus opiniones que desmitifica –o por lo menos lo intenta- preceptos muy importantes del cristianismo y a sus representantes.

De igual manera que desea demostrar sus teorías acerca de la ciencia, el progreso, el anticatolicismo; este personaje oculta algunos defectos personales, como son el temor al encuentro con ciertas realidades propias de la práctica médica.

Se considera un seguidor de grandes pensadores, pero también una suerte de ser que legará no sólo sus conocimientos sino su propio cuerpo para colaborar con esta nueva ortodoxia. Ha llegado a creer que su existencia es fundamental para el universo entero, para Yonville L'Abbaye, para la ciencia, para cada uno de los habitantes y para su ideología.

Homais y Bournisien despliegan sus aptitudes más representativas, como si desearan marcar un territorio que se transforma en neutral, debido a que ambos –si bien son opuestos-

parecen destacarse por las mismas actitudes, haciendo las veces de un corolario de parte del autor ciertamente previsible, siempre y cuando no nos olvidemos de su objetivo: parodiar a estas dos posiciones ideológicas.

● Homais y el reconocimiento social

Tras la desaparición de Emma Bovary y el desenlace de la novela que nos relata el trágico final de algunos de sus personajes o las evidentes resoluciones de los otros; Homais se enarbola como uno de los hombres más destacados, su reconocimiento social es casi un hecho.

Se inicia el trayecto de las condecoraciones inimaginables, imprevistas, que parecieran ridiculizar no sólo a la burguesía, a sus representantes, a la ciencia y a la propuesta progresista, sino también a las distinciones propiamente dichas.

Era casi evidente el anhelo de Poder por parte de Homais, ansioso, obsesionado, dispuesto a cualquier empresa para lograrlo. Se asemeja a esas "prostituciones" propias de Emma Bovary, que eran condenadas por el mundo entero. La búsqueda de este ascenso lo transformaba en un ser dispuesto a vender sus principios más profundos, tratando de hallar ese lugar que le facilitara el control absoluto de todo y de todos.

Era calculador, un verdadero estratega. Consideramos que ninguna de las acciones que este hombre desempeñó a lo largo de la novela no está sujeta a las voluntades oscuras de este ser macabro, una clase de dulce déspota que vive a expensas de las vidas ajenas, usando y especulando con sus existencias para ver cómo beneficiaban a su desalmado corazón y a su frívola esencia.

Parece absurdo, logra su objetivo, recibe la Legión de honor cuando la novela llega a su final. Hasta resulta claramente inconcebible que tras la descripción de cada uno de los destinos finales de los otros personajes, sea Homais el que logra el reconocimiento y privilegio social.

Obviamente que es previsible teniendo en cuenta que Gustave Flaubert pretende parodiar a este ser y a su especie desde sus orígenes y fundamentos esenciales, por ello no creemos inconsistente que este hombre sea el que representará "grandilocuente" a la sociedad entera.

Es el farmacéutico el que asciende con grandeza y recibe victoriosamente el reconocimiento social y cultural de mayor relevancia dentro de esa sociedad; y a la que, irónicamente, Flaubert anhelaba acceder en alguna etapa de su vida.

Para finalizar esta parte de nuestro trabajo, queremos mencionar las dos partes de la novela en las que se destacaba la figura de monsieur Homais.

Es en la segunda parte de este texto, cuando se presenta como un burgués, como un ser que pone de manifiesto su pensamiento, sus convicciones personales y su ubicación ciertamente científica frente al universo que lo rodea.

Seguidor empedernido de Voltaire, se opondrá al catolicismo como antiguo pensamiento del hombre. Es en la tercera y última parte de esta obra en donde adquiere mayor relevancia su desempeño y en donde se evidencia su literal y frontal crítica al catolicismo.

La ideología del Sacerdote Bournisien. La representación del “catolicismo”

Gustave Flaubert, muchos años antes del inicio de la composición de esta novela, ya había vislumbrado uno de sus personajes más importantes, fruto de sus propias convicciones; determinante de su visión del mundo, ineludiblemente crítico con respecto a su medio social.

No creemos –como lo manifestamos en varias oportunidades – que las elecciones de este escritor sean gratuitas o azarosas; por esto mismo afirmamos que la definición de este hombre previó también la elaboración del perfil social e ideológico de su oponente esencial: monsieur Homais –personaje analizado en el apartado anterior-.

Desde su juventud fue clara la posición de Flaubert definiéndose como escéptico, enfrentado tanto al catolicismo como a la corriente positivista, racionalista y cientificista. Y esta cualidad se pone de manifiesto en todos sus escritos, que subyacen a sus propias expresiones y a las actuaciones de sus actores.

¿Son reales los personajes de esta novela? Claro que la ficción invade las páginas de este texto que reproduce estereotipos claves de la sociedad - no sólo francesa sino europea - en general.

Como una paradoja, siempre las ironías y las patéticas actuaciones se entremezclan de una manera extraordinaria; consideramos que evidenciar este juego de roles ideológicos tan fuertemente antagónicos es una muestra clara del magistral desempeño de este novelista.

Emma es una víctima de esta religión vulgar que anida en este representante religioso. Desde que fue llevada al convento de las Ursulinas hasta su deceso, es una suerte de veleta esquizofrénica, que deambula por lugares disímiles buscando respuestas o una salvación para su alma.

Esta mujer, que se vincula estrechamente con el sacerdote (porque es con ella cuando demuestra esta ridícula y burda caracterización de un pseudo salvador de almas perdidas que guía a esta señora hacia el adulterio), vive de lo que los críticos han denominado categóricamente como una gran mentira, el gran engaño: el de la religión, el del mundo de las monjas Ursulinas. Y hablaremos siempre de un misticismo determinante. Porque es una especie de tentación de Dios lo que arrastra a esta mujer a esa búsqueda religiosa. Por esta misma razón, desde joven confundirá la importancia de la religión en su vida con el repudio a toda esta institución, porque su refugio moral y su desesperada lucha por encontrar la salvación se encuentran con la dolorosa barrera de una puerta de iglesia cerrada frente a sus narices, despojándola de esa “confesión” necesaria y de la orientación debida que nunca fue pronunciada.

El cristianismo es una religión completamente espiritual, dedicada únicamente a las cosas del cielo: la patria del cristiano no es de este mundo. Cumple su deber, es verdad, pero lo hace con profunda indiferencia por la buena o la mala realización de sus cuidados [...]¹

Esta institución religiosa (o antigua ortodoxia) había sobrevivido, en algunos seres, tras siglos de existencia. No siempre sus fieles encontraban la acogida necesaria, pero algunos hombres seguían creyendo - quizás por temor o por absoluta convicción -.

A continuación veremos algunos momentos de la novela en los que se puede observar el desempeño de este personaje:

● Bournisien y el pueblo

En la segunda parte de la novela aparece por primera vez este hombre. El matrimonio Bovary está llegando a Yonville L'Abbaye y se encuentra con los seres destacados de la ciudad, monsieur Homais y el abate Bournisien.

Toda esta ciudad será característica, y cada ser está reflejando un aspecto – ciertamente cuestionable – de esa sociedad tan detestable para el autor. Con el sacerdote sacará a relucir con lujo de detalles esa necesidad – hasta obsesiva – de describir actitudes y aspectos, aparentemente insignificantes, para orientar a la reflexión de los lectores.

Por supuesto que podríamos mencionar infinidad de situaciones en las que se evidencia el rol de la iglesia en esta sociedad. Pero el que nos parece más relevante, por la dimensión del acontecimiento, es el de los Comicios en el que se ridiculiza a la burguesía pero se destaca la ausencia de esta institución.

Podríamos sostener que indica una posición establecida frente a las demás instituciones de la sociedad, quizás ciertamente relacionada con el fuerte poderío de Homais y sus pensamientos ideológicos, contrapuestos a los profesados por este personaje. Pero con el argumento que creemos estar defendiendo con mayor fortaleza, se refiere a que no se halla presente pues la nueva ortodoxia era la que estaba primando en ese momento, es decir que la antigua (el catolicismo) estaba descendiendo en su poderío.

Con un poco de sarcasmo, con otro de crudeza, pero siempre abogando por la verdad de su creencia: Flaubert no vende simulacros, no cree en Dios, ni intenta demostrar lo contrario; la creación de un sacerdote que ridiculiza a su condición, y la de una mujer que es seguidora de todas las opciones que la aparten de sus frustraciones personales, es una excusa – hasta ideal – para cuestionar a la institución cristiana en todos sus niveles. De la misma manera que aseveramos la inconsistencia de las expresiones de Homais, en Bournisien no hay verdadera seguridad en sus palabras, se abstrae en futilidades y vaguedades del mundo superfluo en el que parece habitar.

Es determinante, claro está, el valor que posee la reflexión en la vida de nuestro escritor. Quizás en defensa de nuestros anteriores postulados o tal vez por pura convicción: otorga un valor despreciativo a todo lo relacionado con esta religión, desde sus premisas ínfimas hasta sus representantes clericales.

El boticario y el cura tomaron a sus ocupaciones, no sin echar un sueñecillo de vez en cuando, de lo que se acusaban recíprocamente a cada despertar. Y monsieur Bournisien rociaba la habitación con agua bendita y Homais echaba en el suelo un poco de cloro. ¹

Es un final previsible, no sólo para Emma que fue deteriorando su vida gradualmente, sino para el perfil asignado a estos seres desde su aparición. Pareciera que han perfeccionado la técnica de hacer el ridículo al máximo, pues todas sus acciones se tifen del patético espectáculo del absurdo.

● Bournisien y los principios religiosos

Existen diversos principios que enmarcan a esta creencia religiosa. En esta parte veremos de qué manera este sacerdote y otros personajes toman algunos de ellos y le otorgan dimensiones ciertamente irónicas.

Una de ellas se refiere al bautismo de Berthe Bovary. Primero pasó por la disquisición eterna del nombre de esta niña, quien luego tendrá un final trágico con respecto al de los demás.

En un principio, se espanta por la minimización que se efectúa sobre uno de los sacramentos sagrados. La vulgaridad se destaca en cada uno de los momentos característicos de lo que debiera haber sido un instante de espiritualidad y conexión mística – obviamente ausente -. Asimismo, sobrevive el materialismo de Homais, quien desviará su real función de padrino – otra ironía más, que el anticlerical Homais sea padrino de bautismo -; quien en el futuro no sabrá cumplir esta función debidamente.

Otra situación que pone de manifiesto el deseo de desacreditación de esta institución se identifica con la aparente Penitencia o castigo impuesto por Emma, quien busca su salvación espiritual al igual que los otros seres.

Es el cura el que busca persuadir a Emma de reconciliarse con el cielo, comprometerse a ser – nuevamente – una mujer católica, para aliviar sus penas y liberarse de los pecados y faltas cometidas.

Es claro que, desde la óptica de Flaubert, tanto Homais como Bournisien especulan con las debilidades humanas, pero porque el cientificismo y el catolicismo efectivamente lo hacían.

Lo extraño, o inconcebible, se centra en el hecho de que estos hombres antagónicos se espanten de las maniobras del otro: las critican, cuestionan y se asustan; cuando ambos hacen exactamente lo mismo desde dos discursos diferentes.

Habíamos expresando en otros párrafos de este trabajo, que Emma Bovary da muestras suficientes de los efectos de la educación religiosa recibida en su juventud, como condicionante de sus decisiones y deterioros. En el capítulo catorce de la segunda parte de la novela, se puede evidenciar ese deseo de santidad, y como el papel llevado a cabo por el sacerdote es esencial para sus decisiones y actitudes personales.

Pareciera que Jesucristo fuera su amante y Bournisien el instructor del adulterio. Se burla de creencias y actitudes sentidas y sinceras de otros fieles, al colocarse en una situación inimaginable. Y es igualmente absurdo que el cura avale estas actuaciones, esas profesiones, y que ansíe – junto con Carlos – la recuperación de la cordura de Emma, como si acercarse a la religión fuera alguna variante de una enfermedad.

El último precepto ridiculizado es la extremaunción, como corolario de la vida de una mujer que buscó – con ironías narrativas – alguna clase de salvación, tras su continua prostitución física, espiritual y material.

③ Bournisien y la condición católica

El cura Bournisien es representante de una religión mediocre, como en general es cada parte de esta sociedad que desea definir Gustave Flaubert. El espíritu burgués contaminará todos los niveles y estratos sociales, creando – según el autor – una grandiosa sátira de la esencia nefasta de este siglo.

La religión católica sostiene fervientemente esa condición de la mujer como librada a los avatares de una existencia sin control. A lo que agrega el inevitable poder masculino como regulador de las acciones de esos seres femeninos.

Pero más allá de esta cuestión fundamentada con anterioridad, el cristianismo no concibe el ser que no posee una creencia que determine sus actos cotidianos.

Obviamente que esta afirmación es absurda si tenemos presente el desempeño del cura cuando Emma Bovary lo visita, y se enfrenta con un sacerdote indiferente y preocupado por insignificancias.

Si hablamos de la “fragilidad” de la mujer, sabemos que el autor le confiere a este sexo una relación con Dios que determina un abismo inconmensurable – punto imposible tanto de contacto como de comunicación -.

Emma está desesperada, su vida se debate entre lo que debe hacer y lo que siente. Esta dualidad la lleva a la iglesia buscando un consejo, que pudiera liberarla de esa presión. Pero – como veremos – la situación será muy distinta.

Es literalmente el sacerdote al que acude Emma, frente a la debilidad que siente hacia León, el que termina arrojándola a los brazos de Rodolphe. Esta mujer es mística, por momentos busca alcanzar cualidades propias de una santa; pero la sensualidad es la característica que mayor peso logra en su espíritu, porque constantemente seduce y desea ser seducida por el ideal de hombre que ha edificado en su mente.

No es gratuita la semejanza establecida en ese amor a Dios, sentido en varios instantes por esta mujer, con las intermitencias de su espíritu, fluctuante de acuerdo con el peso acaecido en su existencia por determinados hombres, y Bournisien no es la excepción.

Es evidente, el sacerdote supo eludir su responsabilidad eclesiástica y no rescatar a un alma suplicante de salvación o alguna clase de ayuda que la aparte del pecado y de las tentaciones. La situación descrita por este autor, pone de manifiesto la corroboración de que este cura hizo todo lo contrario a lo que debiera haber efectuado, como si quisiera demostrar que efectivamente esta institución no cumple con lo que promete a sus fieles, pero - asimismo - luego los castiga.

● El “fanatismo” religioso

Podemos comentar que existe un vínculo – una relación interesante - entre Emma y Bournisien. Si nos detenemos en ciertos momentos de esta historia, veremos que las fluctuaciones de esta mujer están siempre – directa o indirectamente – relacionadas con la religión, y no tanto con el racionalismo o científicismo profesado por Homais.

Por esta razón creemos, con cierta causa y efecto, que esa denominada fuerza o “fanatismo” de la religión se encuentra representado más en Emma, que se posesiona con sus creencias y pensamientos contrapuestos, que en este representante clerical que deambula a su alrededor –de acuerdo con sus necesidades o aparentes posibles acciones-.

Bournisien no tiene tanto carisma como Homais, pasa un poco más desapercibido, sus únicas críticas relevantes se refieren a esta faceta fanática de madame Bovary que –según su criterio – roza los límites de una herejía similar a la de Homais y una suerte de extravagancia – cual moda que es atractiva en una mujer - semejante a un materialismo, por la compra de objetos sagrados.

En la tercera parte de la novela se puede observar la visión del cura, en el momento en el que Emma viaja para encontrarse con su amante. No es evidente, pero deja entrever esa mirada semejante a un castigo por la falta de pudor y decencia de esta mujer que posee tanto arrebatos terrenales como espirituales.

Quizás sea una de las intenciones, dejar en evidencia las intermitencias de la época, fluctuante ideológicamente, inconsistente en sus decisiones y convicciones más esenciales, que sólo demuestran la necesidad de una postura mucho más escéptica del mundo y una visión más

crítica del medio social, que pareciera extorsionarnos intelectualmente. La paradoja se manifiesta con la aparente victoria de un ser nefasto como Homais y un ser tan volátil como Bournisien, quien pareciera no tomar real dimensión de los acontecimientos y sus consecuencias.

Para finalizar, queremos observar el momento de la oposición final entre Bournisien y Homais, en el que se puede evidenciar los fundamentos defendidos y desarrollados.

Bournisien destaca una faceta de la propuesta de Flaubert como ideologías antagónicas, que supone mucho más que la cita de ejemplos que evidencien esta oposición, porque está enmarcando una raíz de la existencia humana y de lo que este autor consideraba como la fuente de la patética realidad social que le tocaba vivir y experimentar, tanto a él como al resto de los ciudadanos.

La lucha entre ambos puede llegar a ser eterna, ambos cuestionarán principios básicos y los defenderán hasta las últimas consecuencias, y no podrán complacerse nunca porque estamos hablando de ideologías incompatibles y ellos representan esa misma incompatibilidad.

Para este escéptico europeo manejar dos pensamientos de tanta disparidad significa un fuerte reto intelectual, porque resume una cuestión íntima y familiar que muchas veces no se puede descubrir con tanta frontalidad.

Esta intención del autor de desacreditar a esta institución se completa cuando muestra a una mujer como Emma y el desenlace de su existencia tras los errores cometidos por los representantes de la misma. Ella es un ser “religioso” que se enfrenta con la religión propiamente dicha, que la encamina hacia su suicidio en lugar de salvarla.

¹ Nabokov, V. (1984) *Lecciones de literatura*. Ed. Emecé, Bs. As., p. 226.

² Nabokov, V. Op. cit., p. 218.

³ Flaubert, G. (1994) *Madame Bovary*. Ed. Panamericana, Colombia, p. 273.

⁴ Nabokov, V. Op. cit., p. 218–219.

⁵ Rousseau, J. J. (1996) *El contrato social*. Ed. Panamericana, Colombia, p. 218.

⁶ Flaubert, G. Op. cit., p. 323.